

DAMIANA EN LA CIUDAD DE ATENEA:

Ciencia, género y raza en Argentina¹

Gustavo Vallejo
(CONICET-UNQ)

Un acontecimiento entre la hegemonía y la ecología de los saberes

Podemos pensar que una función de la historia es la de dar sentido a un acontecimiento, habiendo constatado antes que ese acontecimiento realmente lo sea. Para ello debe suscitar un interés general, algo que plantea la paradoja de tener que conciliar aquello en lo que identificamos la singularidad de lo que es único e irrepetible con la petición de generalizar sus alcances. Así, entre el riesgo de caer en la irrelevancia del caso y la redundancia de la generalización se hallaría la búsqueda de integrar superadoramente una y otra instancia, haciendo del caso un objeto de preguntas generalizables.

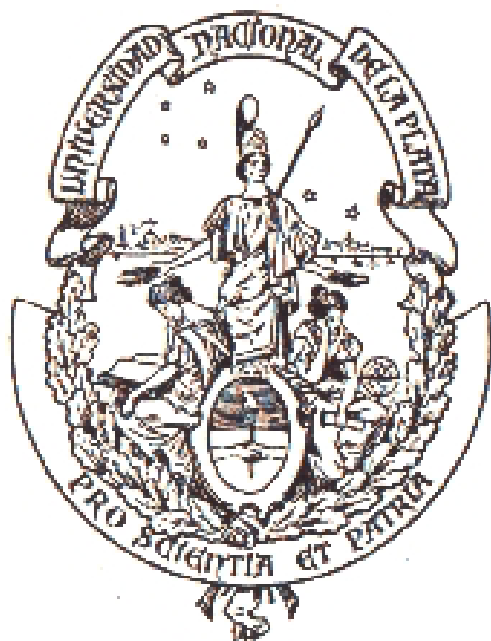
Esto que decimos, nos ayuda a tratar aquí un acontecimiento desde la articulación de un caso con aquellos aspectos de la cultura

¹ El presente trabajo se inscribe en el Proyecto PIP-CONICET 112-201501-00463CO.

científica argentina del cambio del siglo XIX al XX que contribuye a iluminar.

Así, este trabajo busca dar cuenta de las múltiples implicancias de un caso particular que puso de manifiesto una forma de producir ciencia que por largos años se volvió hegemónica. Nos referimos a aquella que distinguió una cultura objeto de otra sujeto, colocando la primera a merced de su uso por parte de quienes sustentaron el conocimiento entendido como regulación. Pero el mismo caso, en su singularidad, nos ayuda a entender también el avance de otras formas de conocimiento que lograron poner en cuestión esa hegemonía por la demanda de una “ecología de los saberes”, entendida como un diálogo entre saberes legitimados científicamente y los que carecen de esa legitimación (Souza Santos, 2015).

Hacia 1900, cuando nada parecía condicionar la razón unívoca de la cultura objeto, la ciudad de La Plata conformaba un espacio cualificado para darle impulso a la ciencia experimental que propugnaba el positivismo en auge. La racionalidad general de La Plata, llevó a considerar que el modelo de ciudad nueva que encarnaba, era también una recreación de Atenea, nacida armada de la cabeza de Zeus. Además del origen prodigioso de una entidad que nació adulta, su relación con Atenea sobrevolaba en la invocación al exacerbado ejercicio de la razón que inspiró la forma urbana y las instituciones científicas nacidas en tiempos fundacionales (Vallejo, 2016). Entre esas instituciones se hallaban el Museo de Ciencias Naturales y el Hospital de Melchor Romero, participando de una forma de generación de conocimiento enmarcada en el espíritu de la naciente “Universidad nueva”.



Primer emblema de la UNLP. 1907

La ciudad de Atenea, también dio lugar a un episodio singular que fue poco considerado hasta que, la valoración de formas críticas de saber instaron a darle creciente visibilización. Nos referimos a la situación por la que pasó una niña del pueblo aché del Paraguay, bautizada como Damiana, cuando fue convertida en objeto de estudio individual y, por su intermedio, de la cultura “salvaje” de la que procedía. Los estudios científicos se sucedieron en las obsesivas mediciones con las que la ciencia buscó introducirse en lo más profundo de ese ser, deshumanizándolo para saciar una curiosidad acrecentada por su condición femenina que despertaba grandes interrogantes: ¿En qué parte del cerebro podían hallarse los rasgos atávicos de su

inferioridad racial? ¿Cómo explicar científicamente su sexualidad desmadrada?

Buscando respuestas a estas preguntas, Robert Lehmann Nitsche (1872-1938) en el Museo y Alejandro Korn (1860-1936) en el Hospital de Melchor Romero, participaron en la realización de nuevas observaciones, hasta concluir en que sería el anatomista Hans Virchow (1852-1940), en la Sociedad Antropológica de Berlín, quien daría un veredicto universalmente válido.

El paso de Damiana por La Plata y su viaje a Berlín será entonces el episodio que aquí analizaremos en el marco de una epistemología basada en la objetualización de aquello que la ciencia inferiorizó esgrimiendo cuestiones raciales y de género. Es que, a su vez, el posterior y definitivo viaje de Damiana, permitirá develar otras facetas al producirse una suerte de foucaultiana insurrección de los saberes que ese conocimiento había sometido.²

El caso de Damiana nos permite explorar el poder desde los básicos interrogantes con los que Hanna Arendt trató de entenderlo a través del horror que era capaz de provocar, al preguntarse: ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué sucedió? ¿Cómo ha podido suceder? (2010: 42). Esas preguntas existenciales podemos repetirlas aquí desdobladas sobre dos planos: el de la ciencia que desplegó su crueldad sobre Damiana, y el de los saberes que pudieron salir del sometimiento al que se los había confinado para reconstruir esta historia. Con esto último quiero referirme a situaciones relativamente recientes que tuvieron un fuerte impacto social, tras originarse en investigaciones signadas por un perfil crítico, de las que derivaron, entre otras cosas, distintos artículos científicos, notas periodísticas, ensayos, redefiniciones de estrategias museísticas, acciones diplomáticas, una obra de teatro, una canción y una película.

2 Foucault destacó la importancia de los “saberes sometidos” para la construcción de la crítica del poder en la Clase del 7 de enero de 1976 dictada en el Collège de France (2000: 15-32).

¿Qué ha sucedido? Los registros de una cautividad invertida

La historia que reconstruimos aquí tuvo entre sus protagonistas a Robert Lehmann Nitsche, uno de los más importantes investigadores que pasaron por el Museo de La Plata. Nacido en Alemania, se doctoró en Hamburgo y en 1897 llegó a La Plata, con sólo 25 años de edad y un enorme bagaje de conocimientos ligados al culto a la antropología física.³ Su traslado no interrumpió la inserción internacional que tenía dentro de una red que alimentó la idea de formar un archivo universal de variedades corporales, dando gran importancia a la craneología y al estudio del carácter de las razas. Para Lehmann Nitsche el desarrollo del cráneo revelaba las particularidades de la persona, siendo lo externo indicio de lo interno, de manera que la constitución psíquica podía ser reconstruida a través del examen indiciario de la topografía corporal (Perazzi, 2009).

Dentro de esta línea de pensamiento, en 1908, Lehmann Nitsche, publicó un artículo titulado “Relevamiento antropológico de una india guayaquí”. Bajo el título, sorprende una dedicatoria “Al doctor Alejandro Korn. Director del Hospicio de Melchor Romero en testimonio de agradecimiento” (1908: 91).

Luego, Lehmann Nitsche pasaba a desplegar un relato que le daba una inusual historicidad al relevamiento anunciado. En efecto, situando su investigación en correspondencia con estudios somatológicos y ergológicos sobre los pobladores originarios del Paraguay que desarrollaba el Museo de La Plata, prolongaba el interés sobre los aché (significa “los que hablan, las personas”), a quienes la literatura etnográfica llamó más habitualmente en forma despectiva “guayaquí” (“ratas de campo”). Para eso remitía a un evento ocurrido en 1896, cuando colonos de un paraje conocido como Potrero Itería, que sufrieron la baja de un caballo decidieron vengarse avanzando

3 Sobre la trayectoria de Lehmann-Nitsche véase: (Perazzi, 2009), (Ballester, 2013).

sobre un vecino campamento indígena de Villa Encarnación. Lehmann Nitsche se apoyaba en la terrible descripción realizada a poco de producido aquel evento por científicos que lo precedieron en sus tareas dentro del Museo. El relato de 1897 indicaba que los colonos se aproximaron sigilosamente hasta dar, en la espesura de la selva, con un grupo de diecisiete o dieciocho “guayaquíes”.

Se los veía alegres, conversando animada, ruidosamente hasta que de pronto un silencio comenzó a caer sobre todo el grupo; los indios se percataron de que tal vez no estaban solos de modo que las conversaciones se interrumpieron por completo. Dos descargas de fusil tiradas al bulto los tomaron por sorpresa y como un rayo se esparcieron mientras caía la primera víctima entre ellos. Sin atinar a tomar sus arcos ni a oponer la mínima defensa, los Guayaquíes se dispersaron en desorden abandonando sus utensilios. Otro indio cayó ante una segunda descarga y una mujer quedó herida: ella rodaba sobre sí misma intentando sostener sus ensangrentadas vísceras dentro de su cuerpo; luego acabaron con ella a golpe de machete y de cuchillo. Esta víctima era una mujer vieja y su cadáver abandonado sin sepultura en medio de la selva a la que retornamos tres meses después, convertido en esqueleto fue estudiado y medido por el doctor Ten Kate. Respecto a las otras dos víctimas, sin dudas los indios se preocuparon en buscar sus cuerpos, dado que todos nuestros esfuerzos por encontrar tales restos resultaron infructuosos. (Arenas y Pinedo, 2005).

El episodio macabro fue narrado con esa descarnada precisión por el francés Charles De la Hitte (1856-1927), científico del Museo de La Plata, quien participaba de la expedición liderada por el holandés Ten Kate (1858-1931) con el propósito de buscar “guayaquíes” en

la zona de las viejas reducciones de Trinidad de Jesús y así, ambos, asistieron al escenario de la masacre.

También el relato añadió que una “pequeña, abandonada en el transcurso de esa escena de carnicería fue de inmediato conducida a Sandoa donde es educada por los matadores de los suyos” (Arenas y Pinedo, 2005). Pero antes de perder la oportunidad de realizar la mayor cantidad de observaciones sobre la tribu, Ten Kate tomó las medidas de la niña de unos dos años, a la que también fotografió y descifró las tres palabras que pronunciaba, una de las cuales era “Caibú”.

Ten Kate además bautizó a la indiecita con el nombre de Damiana, según el santo del día en que se llevó a cabo la matanza -el 27 de setiembre-, a través de un doble gesto de “expropiación y asimilación” cultural, que se completó con la fotografía tomada adaptándola a un código de proximidad a lo que podrían ser a una niña germana con una pelota en su mano (Arenas y Pinedo, 2005). Estos datos se sumaron a los elementos reunidos durante la expedición, compuestos de fotografías de chozas, registros de las costumbres observadas, identificación de vocablos, diversos utensilios, el esqueleto obtenido de la matanza y las medidas antropométricas tomadas a aborígenes vivos (De la Hitte, 1897).

El interés por los “guayaquíes” radicaba en que era una tribu poco conocida, compuesta de lo que se creía que eran “miembros vivientes de la Edad de Piedra” (Ballester, 2013: 101). La idea del destino de inminente extinción de estos grupos era el principal incentivo para su estudio:

Los guayaquí pertenecen a la misma formación que el Glyptodon, el Mylodón y la Macrauchenia, que fueron contemporáneos al hombre cuaternario. Sus huesos se pueden encontrar en el suelo pampeano, y ahora el abismo entre los guayaquíes y el hombre moderno es tan profundo que no puede ser llenado: como un grupo separado

dentro de la familia humana su desaparición es fatal. (De la Hitte *cfr.* Ballester, 2013: 101).

Similares argumentos estaban presentes en las motivaciones del viaje de De la Hitte a la selva del Paraguay emprendido en 1894, cuando estuvo ocho meses siguiendo las huellas de los “guayaquíes”. “Aquellos hombres que habían caminado junto a los grandes mamíferos del cuaternario debían ser observados, descriptos y clasificados en forma inminente, ya que, tarde o temprano, seguirán el destino de estos animales”. (De la Hitte *cfr.* Ballester, 2013: 101).

Las repercusiones que tuvieron relatos de este tenor en el contexto nacional e internacional, alentaron al Museo de La Plata a apoyar la expedición al Paraguay de 1896 que lideró Ten Kate acompañado por De la Hitte.

Ten Kate, “el antropólogo que más mundo había visto” (Imbelloni *cfr.* Farro, 2008: 272), había nacido en Amsterdam y realizado sus primeros estudios en La Haya y Leiden. Luego se especializó con Quatrefages, Broca y Topinard en Francia y con Rudolf Virchow en Alemania, antes de comenzar un largo periplo,⁴ hasta que una situación fortuita lo trajo a La Plata en 1892.⁵ Aquí, Francisco Moreno, con quien había compartido la asistencia a conferencias de Broca y Quatrefages en la École d’Antropologie de París,⁶ le ofreció

4 Antes de llegar a La Plata, Ten Kate estuvo en 1883, en México, en 1884 en Argelia y Laponia, en 1885 en Canadá, entre 1885 y 1886 en Surinam, Venezuela y el Caribe, en 1888 en México central y entre 1890 y 1892 en Indonesia, Tahití y Australia (Farro, 2008: 244).

5 El tío paterno de Ten Kate estaba casado con la hermana de Johan Abel Adrian Waldorp (1859-1930), el ingeniero holandés que desde 1883 quedó a cargo de la realización de las obras del puerto de La Plata. Coincidentemente, Ten Kate y Waldorp eran hijos de importantes artistas de la corte holandesa (Farro, 2008: 272). Waldorp era un prestigioso profesional que tenía en su haber la realización de importantes obras portuarias en Amsterdam y Batavia al momento de ser contratado para la ejecución del puerto de La Plata. Tras su inauguración parcial en 1890, siguió al frente de las obras durante la década siguiente, aun cuando las tareas carecieran de la intensidad del momento fundacional de la ciudad.

6 Francisco P. Moreno (1852-1919), fundador y primer director del Museo de La Plata, aportó sus colecciones particulares para que, en 1877, se habilitara el Museo

desempeñarse al frente de la Sección Antropológica del Museo. El holandés aceptó, aunque provisionalmente el cargo, y, cumpliendo esas funciones, dirigió una primera expedición, en 1893, en la que obtuvo una colección de 300 cráneos de indígenas que habitaron la Provincia de Buenos Aires y el norte de la Patagonia. Luego de esta primera estadía que se prolongó por siete meses, se dirigió a Europa, donde realizó nuevos estudios y a comienzos de 1896 regresó para ponerse al frente de la expedición al Paraguay a fin de realizar el relevamiento etnográfico y antropométrico de los “guayaquíes”. (Farro, 2008; 2009).

Los resultados alcanzados por la expedición que Ten Kate emprendió en 1896 junto a De la Hitte, fueron valorados por la cantidad de registros y objetos con los que, al regreso, fue provisto el Museo. Pero a ello se agregaba también la promesa de una ansiada muestra viva: Damiana. En efecto, la bebé sobreviviente deparó un interés que no tardaría en derivar en un caso de “cautividad invertida” (Perazzi, 2009: 128), para quedar en manos de la ciencia, literalmente, y ya no sólo a través del relato de De la Hitte y los registros de Ten Kate.

Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires en los altos del primer Teatro Colón de Buenos Aires. Cuando el plan fundacional de la ciudad de La Plata incluyó la creación del nuevo Museo, junto a la designación de Moreno como director, se gestionó la cesión de las colecciones que le habían pertenecido (Farro, 2008: 118-144).



Ten Kate en una choza “guayaquí” en 1896

En 1897, Ten Kate renunció y por recomendación del científico alemán Rudolf Martin, Moreno contrató al joven Lehmann Nitsche (Ballestero, 2013). Así, el 10 de junio de ese año Lehmann Nitsche arribaba a la Argentina para asumir el cargo dejado por Ten Kate, y en el que se desempeñaría de manera ininterrumpida hasta 1930. A poco de llegar, Lehmann Nitsche intervino en el caso Damiana, gestionando para ella un destino científicamente controlado. Merced a los rápidos vínculos que entabló con la colonia de alemanes radicados en el país, consiguió que fuera enviada a San Vicente, localidad situada unos 50 kilómetros al sur de Buenos Aires y a una similar distancia de La Plata, con notorias personalidades germanas entre sus habitantes.

Domingo F. Sarmiento en 1867 se había referido elogiosamente a San Vicente por “las buenas ideas sobre educación” que exhibía. Si, decía Sarmiento -citando a Ralph Waldo Emerson- “la nieve contiene mucha educación”, en cambio agregaba, “la Pampa encierra mu-

cha barbarie” y, por esa misma razón, era mucho más loable que en un sitio tan alejado de la nieve y en el mismo corazón de la pampa húmeda, se hubieran creado, escuela secundaria, biblioteca y Quinta Normal (2001: 190). Allí se había radicado por indicación del gobierno, Carlos Adolfo Korn (1822-1905), militar y médico emigrado de Alemania por oponerse a Otto Bismark, y a quien, justamente, condecoró Sarmiento, siendo ya Presidente de la Nación, por su labor médica desarrollada durante la epidemia de cólera de 1868.⁷

La casa de Carlos Korn, donde nació su hijo, Alejandro, fue el destino de Damiana, quien allí creció siendo preparada para las tareas de mucama y sirviente que luego pasó a cumplir. Decía Lehmann Nitsche (1908) que todo era normal:

hasta que la entrada a la pubertad cambió la situación. La *libido* sexual se manifestó de manera tan alarmante que toda educación y todo amonestamiento por parte de la familia, resultó ineficaz. Ausentábase la india de la casa con frecuencia, a veces hasta tres días, en compañía de un galán y llegó a envenenar a un perro que cuidaba la habitación, para hacer entrar al hombre. Consideraba los actos sexuales como la cosa más natural del mundo y se entregaba a satisfacer sus deseos con la espontaneidad instintiva de un ser ingenuo. (92-93).

La familia Korn no toleró la conducta sexual de Damiana, quien fue enviada al Hospital Melchor Romero, situado en las afueras de La Plata, camino a San Vicente, donde su director, precisamente, Alejandro Korn, la dejó al cuidado de las enfermeras con vistas a entregarla

7 Domingo F. Sarmiento (1811-1888), fue presidente de la nación argentina entre 1868 y 1874. La epidemia de cólera en Argentina comenzó en 1867, causando la muerte del vicepresidente, Marcos Paz, durante el verano de 1868, hecho que generó un conflicto institucional que precedió a la asunción de Sarmiento al poder (Fiquepron, 2017).

luego a un correccional de Buenos Aires.⁸ La niña apropiada por la ciencia para estudiar las características de los “guayaquíes”, era ahora, además, una adolescente sobre la que debían analizarse las causas de su conducta “ninfómana”.

El nuevo destino de Damiana, lo constituía un establecimiento erigido en plena llanura pampeana como un avanzado experimento de la cultura científica argentina, que por primera vez lograba implementar taxativamente la noción de *Open Door*. Allí quedaba sintetizado un programa científico consistente en

un conjunto de disposiciones de orden material y de régimen interno que tienden, todas, a dar al establecimiento el aspecto de un pueblo, a proporcionar a sus moradores la mayor suma de libertad, compatible con el estado de locura, y a hacer del trabajo uno de los elementos más importantes de la moral (Cabred, *cfr.* Vallejo, 2007: 215).

Era un sistema con muchas prefiguraciones físicas puestas al servicio de la atención de la locura, “sin muros de circunvalación que oculten el horizonte, ni nada que despierte la idea de encierro”, generando una ilusión de libertad con la que se creía poder colmar todas las aspiraciones (215). Alejandro Korn, tuvo a su cargo la gran transformación de Melchor Romero en una Colonia *Open Door*, partiendo de lo que no era más que un “manicomio pampa”.⁹ Ello comenzó

8 El Hospital Melchor Romero surgió en el marco de las obras fundacionales de la ciudad de La Plata. Fue concebido para atender funciones generales, localizándose al sudoeste del casco urbano, en medio de una zona de quintas y chacras que operaba como barrera higiénica de la ciudad. Su primera propuesta de especialización provino de Emilio Coni, quien en 1884 emprendió una misión científica en Europa donde estudió manicomios a fin de proveerle a La Plata de modelos adecuados para su implementación. Sin embargo, recién luego conocerse los aportes teóricos originados tras viajes emprendidos luego por Domingo Cabred, comenzará la reorganización del Hospital general en un Neuropsiquiátrico. (Vallejo, 2007: 201-203)

9 Korn se había formado en el positivismo, graduándose como médico en 1882 con la tesis titulada “Locura y crimen”. El tema tuvo directa vinculación con sus tareas

cuando en 1897 asumió la dirección del establecimiento, tarea que desempeñó ininterrumpidamente a lo largo de casi veinte años, en los que gestionó la ampliación de la superficie para crear colonias agrícolas, chacras y nuevos pabellones que permitieron consolidar un complejo agrícola-ganadero que daba sustento a la principal actividad que era la laborterapia.¹⁰ Igualmente, tras este ambicioso objetivo subyacían cuestiones esenciales resueltas precariamente, como lo expresa un informe en el que Korn aludía a la satisfacción de haber podido habilitar un techo para que los internos pudieran comer en un refugio contra la intemperie (Balbo, 1989: 70).

Bajo esas condiciones, muy auspiciosas para la ciencia en un plano programático, pero no siempre confortables para los internos, Damiana fue recluida. Las anomalías sexuales de una india conformaban un caso importante para estudiar, porque a través del cruce entre el cuerpo y la población, sus conductas “anormales” no sólo eran indicios de un mal propio sino también del que podía evitarse a los demás. Es que la sexualidad desenfrenada abría un camino hacia la riesgosa reproducción incontrolada de una entidad cuya normalidad seguía estando puesta a prueba por la ciencia.

Por otra parte, los vínculos mantenidos a través de la colonia de alemanes residentes en La Plata favorecieron también directas relaciones institucionales: el establecimiento dirigido por Korn actuaba

como practicante durante dos años en la Penitenciaría Nacional. Años más tarde, avanzada la década de 1910, dejaría la medicina para convertirse en una de las más importantes figuras de la filosofía en Argentina. El desplazamiento de uno a otro saber fue consustancial a la radical transformación en su cuerpo de ideas: “cuando fue positivista no fue filósofo, cuando fue filósofo no fue positivista” (Torchia Estrada, 1985: 433).

10 Korn dirigió Melchor Romero entre noviembre de 1897 y julio de 1916. Durante ese lapso el establecimiento sumó seis colonias agrícolas, el pabellón Lombroso, la panadería, la cocina, el pabellón Meléndez, la ampliación del pabellón Charcot, la sala Aguilar, el lavadero a vapor, y fueron incorporadas chacras con las cuales la superficie alcanzó las 183 hectáreas (Balbo, 1989: 69). También incorporó una línea ferroviaria que facilitaba el abastecimiento de carne desde un matadero situado a unos 5 kilómetros de distancia (Vallejo, 2007: 201).

con el área que en el Museo conducía Lehmann Nitsche, proveyéndole de restos humanos para la realización de distintos tipos de estudios.

En mayo de 1907 Lehmann Nistche se dirigió a Melchor Romero para examinar a Damiana, cosa que pudo realizar por la gestión de Korn, retribuida con el agradecimiento bajo el título de su artículo antes mencionado. El gesto era especialmente recordado por lo oportuno que resultó. Lehmann Nistche se autocomplacía de haberse apurado en solicitar la colaboración de Korn, porque sólo “dos meses y medio después murió la desdichada india de una tisis galopante cuyos principios no se manifestaban cuando hice mis estudios” (1908: 93).¹¹

El relevamiento realizado en vida, daba cuenta de una joven “reservada, esquiva y desconfiada”. Y, recabando más datos, causaba “honda impresión” por hablar perfectamente el alemán, idioma que había aprendido en San Vicente, además del español.

Los datos antropométricos, continuaron desafiando la mirada escrutadora de la anormalidad. Damiana poseía un cuerpo “bien desarrollado” con una talla (144,5 cm.) que a sus catorce ó quince años no difería “de niñas europeas de la misma edad”, como lo revelaban estadísticas reunidas en investigaciones promovidas desde la antropología escolar alemana que era utilizada como referencia.

Buscando anomalías en su cuerpo desnudo, Lehmann Nitsche (1908) señalaba:

Las mamas son típicamente areoladas; la aréola con la papila se levanta en forma de cono sobre la masa de la glándula lactear. Ésta última tampoco ha alcanzado su máximo desarrollo aunque se muestra marchita y flácida, lo que no debe extrañarnos si recordamos la vida sexual de la india. (93).

11 Aun sin que Korn ni Lehmann Nitsche se percataran de alguna patología previa, el informe de Ten Kate, indicaba en 1897 que “esta niña porta un aire enfermo y triste. El aspecto general, las manchas simétricas sobre los incisivos superiores, junto al vientre prominente indicarían una diatosis escrufulosa” (*cf.* Arenas y Pinedo, 2005).

Pero aun el propio científico advertía que ello no indicaba los ras-
tros de sus mayores deficiencias. Tomaba nota que su talla equivalía a
6,07 veces la altura de su cabeza, en lo que era una proporción similar
a la identificada como normal “para la raza europea”. Con las extre-
midades, también existían similares equivalencias.

El cabello no era muy largo y de nuevo, “el vello del sobaco y
de la región púbica ya está desarrollado sin presentar notabilidad
alguna”, tampoco la piel y los ojos tenían nada notable. Además, la
dentadura estaba bien y era “ortógnata”, vale decir, su ángulo facial
era casi recto y así, entonces, su perfil podía ser coincidente con el
de una joven alemana.



Damiana fotografiada en 1907 en Melchor Romero

También las medidas absolutas de la cabeza y el índice cefálico
que detecta Lehmann Nitsche se correspondían exactamente con el
término medio de 896 niñas germánicas de la misma edad examina-

das por un estudio reciente que tomaba al pie de la letra. Y más aún, descubría que en la cabeza el desarrollo frontal, sitio de la inteligencia, según las indicaciones frenológicas, se había “producido pues de una manera muy halagüeña”.

De manera que los exámenes desafiaron tan drásticamente las presunciones de poder acceder con mediciones externas a las pruebas fehacientes de la “inferioridad” racial y a las causas de su ninformanía, que llevaron al alemán a buscar otras evidencias.

La muerte de Damiana dio entonces otra oportunidad para que Lehmann Nitsche prosiguiera con su obsesiva búsqueda de la anormalidad. El esfuerzo se concentró en el cerebro, del cual se pensó que el científico de Berlín, Hans Virchow, podría hacer la más adecuada evaluación.

Pero un percance puso en riesgo ese propósito: Lehmann Nitsche (1908) explicaba que “el cráneo había sido abierto en mi ausencia y el corte del serrucho llegó demasiado bajo”. Por este motivo, “la preparación de la musculatura de la órbita que quería hacer Virchow”, tras haber sido puesto al tanto del experimento, debió ser desestimada. De todas formas, señalaba que el cerebro, “conservado de manera admirable”, pudo ser enviado a Berlín, como también la cabeza -serruchada- (99).

Virchow presentaría los resultados de su trabajo ante la *Berliner Gellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte*, los cuales volviendo sobre los planteos enunciados hacía más de una década por De la Hitte, destacaban la importancia de contar con el cráneo y el cerebro de una representante de esta

extraña tribu, cuyos miembros, a pesar de que no se encuentran muy apartados de la vida de los asentamientos, e incluso las ciudades de los blancos, viven en la selva virgen, tímidamente y escondidos, desapareciendo ante cualquier intento de acercamiento, teniendo aun hoy una cultura de la edad de piedra” (Virchow *cfr.* Ballester, 2013: 105).

¿Por qué sucedió? El aborigen prehistórico y su demorada extinción

La naturalidad con la que Lehmann Nitsche y los científicos que le precedieron describían las experimentaciones realizadas sobre su objeto de estudio, una india “guayaquí”, secuestrada, convertida a una cultura que le deparaba como destino la servidumbre, siendo luego castigada, humillada y fotografiada en vida, se prolongaría después de muerta en las sucesivas e interminables vejaciones llevadas a cabo sobre sus restos. Todo eso nos remite a una precisa forma de concebir la ciencia.

Para Boaventura de Sousa Santos, la modernidad prohijó un conflicto epistemológico matricial, producto de la tensión entre el conocimiento como regulación y el conocimiento como emancipación.

Como no existe conocimiento en general ni ignorancia en general, cada forma de conocimiento conoce en relación a un cierto tipo de ignorancia y viceversa, cada forma de ignorancia lo es de un cierto tipo de conocimiento. De lo que se trata, entonces, es de definir un trayecto del conocimiento que va de la ignorancia al saber, estableciendo el punto de partida y el de llegada. Esa trayectoria es también una secuencia lógica y temporal que contiene el movimiento del pasado hacia el futuro (Sousa Santos, 2015: 22).

El conocimiento como regulación, en el que situamos a la ciencia que se desplegó sobre Damiana, consiste en una trayectoria entre un punto de ignorancia designado por el caos y un punto de conocimiento designado por el orden. La entronización de este esquema convirtió al orden como forma hegemónica del conocimiento y al caos como forma hegemónica de la ignorancia.

Siguiendo a Sousa Santos, el conocimiento como emancipación consiste en una trayectoria entre un punto de ignorancia llamado colonialismo y un punto de conocimiento llamado solidaridad. La hegemonía asumida por el conocimiento como regulación también devino en una recodificación en los propios términos en que se plan-

teó el conocimiento como emancipación, invirtiendo la valoración de sus categorías centrales. El que era saber en esta última forma de conocimiento se transformó en ignorancia, la solidaridad fue recodificada como caos, y lo que era ignorancia se transformó en saber al recodificarse el colonialismo como orden. Como la secuencia lógica de la ignorancia hacia el saber es también la secuencia temporal del pasado hacia el futuro, la hegemonía del conocimiento como regulación hizo que el futuro y, por lo tanto, la transformación social, pasara a ser concebida como orden y el colonialismo como un tipo de orden. Paralelamente, el pasado vino a ser concebido como caos y la solidaridad como un tipo de caos. El sufrimiento infringido a “otros” pudo así ser justificado en nombre de la defensa del orden y del colonialismo frente a su amenaza representada por el caos y la solidaridad (Sousa Santos, 2015: 22).

Eran los destinatarios específicos de ese sufrimiento aquellos que quedaron inmersos en una trama que los hizo partícipes de una neutralización epistemológica del pasado, entendida como la contraparte de la neutralización social y política de las clases peligrosas. Si mujeres y “pueblos primitivos” integraban ese universo conformando importantes factores de riesgo, la confluencia de ambas categorías en un ser como Damiana, que además desafiaba la sexualidad normalizada, definían todo un arquetipo del caos que amenazaba con interferir a la consumación del progreso.

La hegemonía del conocimiento como regulación colocó al pasado a merced de la superioridad atribuida al sujeto que, desde un paradigma de orden, decidía qué mirar y cómo mirar aquellos que eran objetos puestos a su disposición. Es que la cultura que distinguía entre objeto y sujeto, era parte de un imperialismo que jerarquiza según criterios asumidos como universales aunque sean específicos de un solo universo, el propio, para proyectar sobre otras culturas el sometimiento a su superioridad (Sousa Santos, 2015: 29). Y en última instancia, Damiana era ese objeto en el que hacía falta develar, a través del examen de su constitución orgánica, una tautológica ex-

presión del pasado y del caos que, por serlo, quedaba a expensas del científico que buscaba comprobar los rastros de sus anomalías en el cuerpo, con vida y/o sin vida.

Esta forma de entender la ciencia fue consustancial al origen del Museo de La Plata. En 1885, su inauguración parcial motivó que Sarmiento se ocupara de tal acontecimiento, refiriéndose al sentido que tenía como espacio para la exposición de lo que la ciencia necesitaba conocer. Era aquello que en otros sitios costaba mucho hallar por haber quedado sepultado debajo de las sucesivas capas geológicas que había depositado la cultura, mientras que, en esta parte de América, pervivía a través de “exponentes vivos” (Vallejo, 2012: 149).

Tenemos en la inauguración del Museo Antropológico muestras vivas del hombre prehistórico, a más de centenares de cráneos que llenan las vidrieras. Ahí que sería materia de sorpresa en Europa decirles que tenemos aquí hombres prehistóricos vivos, si no les añadiéramos que ocupan todavía más o menos amansados por la civilización europea la mayor parte de América (Sarmiento, 2001: 241).

El rasgo diferencial de esta parte de América consistía entonces en poseer la prehistoria “a flor de tierra”, algo que los investigadores debían estudiar para saciar este enigma universal. En similares términos Moreno definiría el sentido del Museo, como un espacio en el que la ciencia asumía la responsabilidad de investigar y exponer al mundo muestras -vivas o muertas- de “ejemplares en extinción” (Moreno *cfr.* Vallejo, 2012: 146), procedentes de razas humanas situadas en la prehistoria.

La insistencia en expresiones que por su sólo reiteración se volverían certezas, daban cuenta del modo en que el conocimiento hegemónico podía ejercer su poder para investir de incuestionabilidad científica a aquello que no era más que un gran absurdo.

Como ha hecho notar Caponi (2017), esta tendencia a situar en la prehistoria a los salvajes americanos que aún vivían, adquiría verosimilitud a través de las representaciones que construía la ciencia: una de las imágenes que ofrece el Museo de La Plata en la rotonda central que preside el comienzo del relato de la evolución, presenta de manera elocuente un episodio de la edad de piedra donde se hallan aborígenes faenando salvajemente a un gliptodonte (p. 210). La obra “Descuartizando un gliptodonte”, al igual que aquella otra que llevó el nombre de “Una cacería prehistórica”, fueron realizadas para el Museo por el artista italiano Luis De Servi en 1889 por expreso pedido de Francisco Moreno (Carden, 2005: 27).

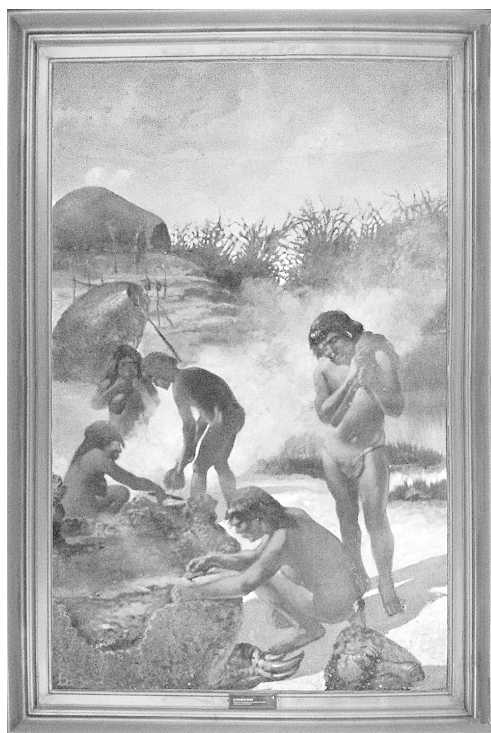
Esas obras integraron el conjunto de dieciséis murales realizados *in situ* por artistas que se valieron de muestras vivientes del Museo que posaban ante ellos, como lo eran los caciques Foyel e Inacayal y sus respectivas familias (Carden, 2005: 27), a quienes Moreno rescató para la ciencia de su reclusión en la Isla Martín García una vez finalizada la Campaña del Desierto (Vallejo, 2012: 154-156).

Y, notablemente, la imagen construida servía para reforzar una certeza científica, cuyo mensaje trascendía los alcances del público que visitaba el Museo habilitando, durante las siguientes dos décadas -cuanto menos-, el propósito de investigar si pudieron ser “guayaquíes” como Damiana, los aborígenes que salvajemente despedaban un gliptodonte.

Cuando De la Hitte relató con llamativa precisión la masacre que precedió a la apropiación de Damiana, añadió una escena de los “guayaquíes” reunidos en torno al caballo, supuestamente robado, que estaba siendo faenado (De la Hitte, 1897). La imagen relatada recreaba con bastantes paralelismos al mural del Museo con el gliptodonte que corrió la misma suerte que el caballo a manos de similares aborígenes.

De ese modo, para De la Hitte y Ten Kate, era importante estudiar a los “guayaquíes” por tratarse de una rareza antropológica, puesto que no se había extinguido como debió suceder según la fatal ley

del progreso, de la cual ellos podían asumirse como sus adecuados intérpretes. Por eso era menester actuar con celeridad, recabando la mayor cantidad de datos acerca de estos exponentes de una raza “prehistórica”, “de la era cuaternaria”, de “la misma formación que el Glyptodon”, que inexplicablemente seguía viva. La tarea exploratoria en el Paraguay suponía así una carrera contra el tiempo, que proseguirá en la celeridad con que Lehmann Nitsche se dirigió a Melchor Romero para tomarle a Damiana las últimas medidas en vida.



Descuartizando un gliptodonte. Luis De Servi. 1889. Foto de Xavier Kricautzky

Actuar ante la inminente desaparición de lo considerado “prehistórico”, contenía también un mandato inexcusable: esos “salvajes” no debían ya existir, y en tal caso dejarlos perecer o, más aun, acelerar su extinción podían ser tan sólo alternativas procedimentales.

En 1905, el catalán Federico Rahola y Tremols, se sorprendió al ver “un pueblo sacrificado en aras de la civilización, desposeído del suelo, cuyos restos han servido luego para formar las colecciones de un museo zoológico”, donde además “los sabios estudian fríamente aquellos cráneos cual si fueren de una raza prehistórica” (*cfr.* Vallejo, 2012: 156). La descripción correspondiente al Museo de La Plata podía extenderse, sin inconvenientes, a los intereses con los que Virchow en Berlín recibió la cabeza de Damiana para estudiarla, debido a la importancia que tenía por tratarse de una expresión “de la edad de piedra”.

La muerte física de uno de estos seres “prehistóricos” era además el medio para asegurarse la posesión de ese objeto de estudio mundialmente codiciado, perpetuando su presencia institucionalizada para quedar así a expensas de nuevas investigaciones. Para los “guayaquíes”, la ciencia podía depararles un lugar junto a los restos fósiles de gliptodontes como aquel que era despedazado en la obra de De Servi. O, como en el caso de Damiana, siendo ella la despedazada, podía animar distintas vitrinas, exhibiéndose su cabeza en Berlín, mientras el resto del cuerpo se conservaba en La Plata, para participar también del carácter colonialista de la ciencia en el que todo el episodio quedó inscripto.

¿Cómo ha podido suceder? Búsqueda y restitución de una identidad

La indiecita apropiada por la ciencia en una masacre, con parámetros considerados demasiado normales para su origen y conductas sexuales que le merecieron ser recluida en un hospicio, aun

después de muerte siguió despertando el interés de los investigadores. Lehmann Nitsche describió minuciosamente y con un llamativo distanciamiento sensible aquello que valoraba exclusivamente en su carácter de objeto de estudio despersonalizado.

El horror que genera cada paso dado por la ciencia con Damiana, y que podría extenderse a otras prácticas corrientes de la antropología física del 1900, requirió de un llamado de atención que interpela a la sociedad toda, al pasado y al presente.

La carga ética que conlleva la pregunta acerca de ¿cómo ha podido suceder?, instó a problematizar aquello que durante mucho tiempo fue naturalizado como un suceso sólo inherente a la ciencia en su condición autónoma. Porque así comenzó a cuestionarse un modo de operar basado en la certeza de que el científico impartía acciones inequívocas desde una radical separación entre medios y fines, donde el responsable de aplicar el conocimiento ocupaba un lugar ajeno a la situación existencial en la que incidía esa aplicación.

Eso que en su conjunto conformó el conocimiento como regulación, en algún momento vio resentir la hegemonía ejercida a expensas del avance de la otra forma de entender la finalidad de los saberes emergentes de la modernidad, esto es, aquello que encierra el conocimiento como emancipación. Desde esta perspectiva, que entiende el paso de la ignorancia al saber como un trayecto que va del colonialismo a la solidaridad y del orden autoritario al caos de la pedagogía del conflicto y la diversidad, el pasado pudo ser sacado de su neutralización epistemológica (Sousa Santos, 2015: 22). Podemos también pensar que esa transformación conllevaba a la insurrección de los saberes sometidos, entendiendo por éstos a contenidos que fueron sepultados, enmascarados en coherencias funcionales o sistematizaciones formales, y a los que sólo la historia les permite recuperar el clivaje de las luchas contra los ordenamientos que, justamente, tienen por meta enmascarar. Eran saberes no conceptuales, insuficientemente elaborados, ingenuos, jerárquicamente inferiores, no calificados o bien descalificados (Foucault, 2000: 21), y a los que

la historia les permitía redescubrir su memoria y llevar a cabo una insurrección contra los efectos de poder centralizadores, que están ligados a la institución y al funcionamiento de un determinado discurso científico (Foucault, 2000: 22).

De manera que mirar el pasado para reconstruir historias como la de Damiana, supuso liberar del sometimiento y su destino de extinción a saberes descalificados y grupos sociales que fueron sus titulares. El pasado podía así iluminar la comprensión de la ciencia en su relación con el poder y, por ese medio, contribuir a la insurrección de los saberes sometidos constituía una crítica radical al poder que, en última instancia, tenía la potestad de distinguir las vidas dignas de ser vividas de aquellas otras que, por no serlo, podían quedar a expensas de sus experimentos científicos.

Patricia Arenas y Jorge Pinedo se interesaron por reconstruir una biografía que transformaría a Damiana en Kryygi, al hallar su verdadera identidad. En 2005 iniciaron esta investigación de la que surgió un artículo que tuvo gran repercusión (Arenas y Pinedo, 2005). Paralelamente, se había conformado en La Plata el colectivo GUIAS (Grupo Universitario en Investigación en Antropología Social) integrado inicialmente por Fernando Pepe, Miguel Añón Suárez y Patricio Harrison, que llevaba adelante acciones dirigidas a poner fin a la exhibición de restos humanos en el Museo de La Plata. Por su intermedio, y a partir de denuncias a las autoridades por incumplimiento de una ley nacional, el inicio de distintos expedientes, y la publicación de notas periodísticas, se generó un cambio paradigmático expresado en una ordenanza que en 2006 prohibió la exhibición de restos humanos en el Museo.¹²

12 El 6 de octubre de 2006 el Consejo Académico de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata, aprobó un protocolo para ser aplicado por el Museo. En adelante, para el estudio de los restos humanos identificados como pertenecientes a pueblos originarios, “se deberá contar con el expreso consentimiento de las comunidades interesadas”, cumpliendo con lo establecido por la Ley 25.527, sancionada el 21 de diciembre de 2001. Nótese que la fecha de sanción de la ley es coincidente con la del día en que renunció a su cargo de

Ese mismo año se concatenaron eventos que provocaron gran conmoción. Por un lado, el fotógrafo Xavier Kricautzky, perteneciente al CONICET, accedió en el Museo a un archivo de fotos reveladoras del destrato de indígenas, que eran producto de la expedición realizada en 1906 por Lehmann-Nitsche y Carlos Brusch, haciéndolas públicas tras una laboriosa recuperación. Asimismo, otras indagaciones permitieron descubrir que el Museo conservaba -ilegalmente- las partes blandas del cacique Inakayal, cuyos restos habían sido restituidos a su comunidad en un acto público (Vallejo, 2012: 159-160).

Todas estas situaciones generaron distintos tipos de conflictos y abrieron las puertas a nuevas interpelaciones, estimulando las demandas de pueblos originarios que acreditaban los vínculos filiales que les permitían iniciar sucesivos pedidos de restituciones. El tema desató cuestiones inéditas, con eventuales acuerdos diplomáticos generados para atender los reclamos cuando ellos provenían del exterior. Y tras toda esta serie de conflictos subyacía la ardua tarea científica de contextualizar los restos conservados en el Museo para reconstruir identidades que la civilización había borrado.

En el caso de Damiana Kryygi, la investigación inicial de Arenas y Pinedo había logrado dar con la fotografía de su cráneo en una publicación científica de comienzos del siglo XX, lo que hacía suponer su presencia en algún museo europeo siendo, por entonces, eso “todo lo que resta de esa indiecita que dieron en llamar Damiana” (2005). La reconstrucción de esa historia, que era a su vez, equivalente a la identificación de las partes que permitían integrar un cuerpo que había sido mutilado, pronto se ensambló con otros aportes sustanciales para acceder a un mayor conocimiento de Damiana.

En efecto, en el Museo de La Plata se conservaban los restos de aquella víctima de la masacre de 1896, que Ten Kate y De la Hitte aportaron a su regreso de la expedición al Paraguay. Era Caibú, nombre con el que se conservó el esqueleto en el Museo, a raíz de la

presidente de la nación Fernando De la Rúa. En la posterior etapa de inestabilidad institucional se vio postergada la reglamentación correspondiente.

palabra que repetía Damiana llamando a quien se supuso que sería su madre. Tras esa primera pista fue hallado un catálogo de 1910 donde Lehmann Nitsche señalaba con el número 1913-5602:

esqueleto (sin cráneo) de una india guayaquí, Damiana
fallecida en Melchor Romero en 1907. La cabeza con el
cerebro fue remitida al Profesor Hans Virchow, de Berlín”
(*cfr.* Arenas, 2011).

Ese registro permitió que en enero de 2007 el Colectivo GUIAS diera en el depósito del Museo de La Plata con el cuerpo sin la cabeza de Damiana.

Tras ese hallazgo, la colección etnográfica conformada por las demás piezas obtenidas de la matanza que precedió a la apropiación de Damiana fue retirada de exhibición en el Museo. Y, rápidamente, se iniciaron los contactos con referentes de la nación aché, compuesta entonces de unas 300 familias que habitaban en el Paraguay. En mayo de 2007, la comunidad aché presentó a la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata un pedido de restitución de todos los restos mortales pertenecientes a su etnia (Pepe, Añón Suárez, Harrison, 2010: 74). Con la respuesta positiva de esas acciones, se consolidaba el cambio de paradigma que comenzó a gestarse al calor de los reclamos de 2007, porque ahora la norma invocada para enmarcar los actos correspondientes pasaba a ser algo más taxativo que el sólo espíritu de la misma. Es que esa Ley nacional aludida justamente tuvo, en el marco del caso Damiana, la oportunidad para que fuera llevada a cabo su reglamentación.¹³

Así fue que el 10 de junio de 2010, los restos de Damiana (sin el cráneo) que se encontraban en el Museo de La Plata fueron restituidos a su comunidad de origen, en un acto del cual participaron representantes aché, y activistas de Madres y Abuelas de Plaza de

13 La Ley Nacional 25.517 fue reglamentada el 20 de mayo de 2010.

Mayo. Para éstas últimas, el hecho que se buscaba reparar espejaba a sus propias historias de lucha, ante lo que había sido un lamentable suceso iniciado con la apropiación de una joven por los asesinos de su familia (Arenas, 2011). Al día siguiente, comenzaron los actos de restitución en Asunción, organizado por la Cancillería paraguaya y la Dirección de Derechos Humanos, realizándose una ceremonia en el Museo de las Memorias (ex- centro clandestino de detención, tortura y exterminio de la dictadura de Stroessner entre 1954-1989), donde participó el Premio Nobel Alternativo de la Paz, Dr. Martín Almada. Luego, la comunidad aché realizó el entierro de Damiana (sin su cabeza), a la que los ancianos y ancianas le dieron el nombre de Kryygi, que significa en su lengua “tatú carreta”, un pequeño animal del bosque en peligro de extinción.

Se consagraba de este modo la recuperación de la identidad de una niña “cautiva de la ciencia”, que volvía a la tierra de los suyos y recibía de ellos un nombre que reemplazaba al que los científicos le dieron rememorando la tragedia que precedió a su secuestro. Damiana era Kryygi, y había retornado al lugar donde nació, tras una gestión de más de tres años que involucró una Universidad pública, un Museo, un grupo de militantes de los Derechos Humanos, una ONG, un pueblo originario, una comunidad científica y un proyecto de investigación (Arenas, 2011).

Pero aún faltaba algo más: quedaba por ser restituida la cabeza de Damiana Kryygi. La tarea pendiente cobró particular impulso tras el involucramiento en el tema de la periodista alemana Heidemarie Boehmecke, quien inició en su país indagaciones que culminaron con el hallazgo esperado. El cráneo de Damiana Kryygi se encontraba en el laboratorio de Antropología del Hospital Charité de Berlín, con las respectivas anotaciones científicas realizadas por Hans Virchow y Robert Lehmann Nitsche, en 1908.

Obtenida esa información, podía dar comienzo la nueva restitución. Para ello se desplegaron gestiones acompañadas por la Cancillería argentina que hicieron posible que la institución alemana de-

volviera el cráneo para completar la inicial restitución, llevándose a cabo un nuevo acto que la comunidad aché del Paraguay celebró el 4 de mayo de 2012.

Estas acciones tuvieron inmediatas repercusiones en diversos órdenes. Como ya dijimos, aceleró la tarea pendiente de reglamentar una Ley nacional referida a los derechos de los pueblos originarios en la Argentina.

Pero también hubo obstaculizaciones en la reconstrucción de historias como la de Damiana por parte de ciertos investigadores del Museo que no querían perder lo que seguía siendo su objeto de estudio. Restos hallados por GUIAS para realizar restituciones estuvieron acompañados del descubrimiento de datos sorprendentes, como lo eran cajas que los contenían, en la sala de Antropología biológica, plagadas de esvásticas. El mismo símbolo se repetía en la mesa de estudio de la biblioteca del Museo, acompañado de inscripciones con llamativa actualidad: “Muerte a las putas madres de plaza de mayo y a todos los zurdos. Fuera bolitas de la Argentina”.¹⁴ Anidaban allí dos cuestiones concomitantes que las restituciones habían hecho emerger. Por un lado, la pervivencia de un sistema de legitimación científica para quienes dentro del Museo seguían buscando en restos humanos pertenecientes a pueblos originarios los rastros de su inferioridad racial. Por esa razón, reaccionaban ante la pérdida de un objeto de estudio. Pero, por otro lado, también aquello hacía ver que el conocimiento como regulación que prohijó al racismo científico, tuvo en determinado momento, relaciones más o menos formalizadas con el nacionalsocialismo alemán y la eugenesia, sobre las que se ensamblaron ciertas trayectorias de investigadores y también grandes interrogantes: la actividad desplegada por Lehmann Nitsche tras su

14 Las esvásticas fueron retiradas por un pedido formulado por GUIAS que aprobó el Consejo Académico de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata, el 11 de setiembre de 2006 (Pepe, Añón Suárez y Harrison, 2010: 97-100).

retorno a Berlín, desde 1930 hasta su muerte producida en 1938 quizás encierre el principal de ellos.

Por otra parte, aquellas acciones de reparación histórica iniciadas en 2005 hallaron, al mismo tiempo, importantes colaboraciones, como las de Osvaldo Bayer, quien a través de notas periodísticas que alcanzaron gran impacto difundió las dos restituciones de Damiana Kryygi (2010, 2012).

Paralelamente, fue gestándose también una sucesión de acontecimientos artísticos de inusitada trascendencia. El cineasta Alejandro Fernández Mouján en 2015 dirigió el film *Damiana Kryygi*, un documental de 92 minutos que fue distinguido en el mismo año de su estreno.¹⁵ Jorge Padula Perkins y Rodrigo Stottuth recordaron a Damiana con una pieza musical (guarania) titulada *Kryygi...Kryygi-maî...*, porque si Kryygi significa “tatú de monte” el fonema “maî”, que añade la canción, quiere decir “muerta”. Roxana Aramburú y Patricia Suárez escribieron *Damiana, una niña aché*, obra de teatro que fue premiada en 2012 por el Ministerio de Desarrollo Social de Argentina en el marco del certamen “Aplausos por la inclusión”. En 2015 la obra fue representada bajo la dirección de Raúl Bongiorno, y, luego, el tema volvió a ser explorado en un texto que integró la experiencia teatral y los aportes de GUIAS (Aramburu, 2016).

Estas importantes expresiones venían a afianzar, desde el arte, una reacción colectiva que hizo del caso Damiana una sinécdoque del rechazo al racismo científico en la Argentina.

Aquellos saberes sometidos por años hallaban en un episodio singular la motivación para irrumpir denunciando una larga historia de ignominia que descansaba en la voluntad de operar sobre la otredad, dentro del propósito mayor de neutralizar social y políticamente a las clases y sujetos peligrosos. Damiana pasó a ser el símbolo de una forma de hacer ciencia cargada de racismo, sexismo, moralismo y colonialismo, que obligaba a pensar sobre las consecuencias que

15 En 2015 recibió el Primer Premio en el Festival organizado en los Estados Unidos por la Society for Visual Anthropology, Film & Media Festival.

tuvo, pero también sobre sus propias pervivencias y la necesidad de anteponer la certeza de que ya no debía tener lugar una ciencia que legitime la muerte de la “otredad”.

Damiana y Medusa: de la historia al mito

El cartel que en 2015 promocionó en La Plata la obra de teatro *Damiana una niña aché*, exaltó una imagen sobre la que vale la pena detenerse. Ya no es la reproducción de una fotografía de la joven con vida, que revela la tristeza del sometimiento a un poder opresivo como el que encarnó la ciencia sobre ella. Yendo más allá de esa elocuente muestra de dramatismo realista que ilustra el *flyer* de la película de Fernández Mouján, la pieza teatral recurrió para su difusión a la imagen de una mujer decapitada, iluminando el drama que desde Damiana se proyecta a un mito fundacional de las relaciones de género.

En efecto, me estoy refiriendo al mito de Medusa, que básicamente da cuenta del castigo que ese personaje recibió por seducir a Poseidón, quien la violó tras profanar el templo de Atenea. Primero Medusa fue convertida en monstruo (su cabello se transforma en serpientes) y como aun así seguía siendo seductora, Perseo le cortó la cabeza. Caravaggio y Rubens llevaron el mito a la pintura en torno al 1600.



Medusa. Caravaggio, 1597

Sigmund Freud en 1922 interpretó el mito estableciendo un precepto básico: “decapitar es igual a castrar” (Freud, 1992: 270). En el sentido lato del término, la acción sobre Medusa proyecta una castración entendida como cercenamiento disciplinador sobre el colectivo al que pertenece. En tal caso podemos pensar que encierra un fuerte simbolismo dirigido al poder femenino, cuya derrota a manos de un héroe, preanuncia el inicio del patriarcado, instaurando el triunfo del hombre sobre la mujer. También nos lleva a ver en el ensañamiento sobre los restos de Damiana Kryygi, un acto que contiene la carga simbólica de exponer la extinción del grupo étnico al que pertenecía.

El mito, asimismo, revela una disputa intragenérica de la que derivan otras cuestiones por demás significativas. Medusa a través de su sexualidad se había convertido en una amenaza para el poder que

detentaba Atenea desde el uso estricto de su racionalidad. Por eso Perseo entregó a Atenea la cabeza de Medusa para que la colocara en su escudo, con el que protege la razón, que equivale a defender su castidad de Cupido. De ese modo la razón quedaba a salvo de los riesgos que podía entrañar una sexualidad “desmadrada”, como la que tanto atemorizó con los hechos protagonizados por Damiana Kryygi.

Con Atenea volvemos al punto de partida, esto es a aquella representación de la racionalidad que inspiró el surgimiento de la ciudad nueva y su Universidad nacida al calor del positivismo, que rápidamente vio plasmar sus objetivos en la diosa griega que presidió a su emblema.¹⁶



Perseo triunfante. Antonio Canova, Estatua romana de Atenea con Medusa en su escudo

16 En 1907 la Universidad Nacional de La Plata adoptó un emblema presidido por la figura de Atenea. También añadió a la imagen hojas de roble, que en adelante constituyeron otro signo representativo de la Universidad. El roble tendía a reforzar la alusión simbólica general por tratarse de la planta consagrada a Zeus y a su hija, Atenea.

Atenea simboliza la razón que lleva en su escudo a la irracionalidad vencida. Representa el triunfo de la racionalidad sobre sus mayores obstáculos, los cuales en algún momento se supuso que estaban constituidos por la pervivencia indebida de seres y una sexualidad que desafiaba al orden patriarcal. Atenea, así, puede ser también vista en una forma de entender la ciencia que desplegó sobre Damiana Kryygi castigos que recrearon el mito de Medusa. Porque el horror se multiplicará tantas veces como veamos reproducido el sufrimiento infringido en las formas simbólicas que asume la castración impuesta sobre un universo definido como inferior. Podrá esa inferioridad integrar razones de género, de sexualidad, de etnia o de clase, o también confluyendo en un arquetipo de todas las entidades pasibles de ser sometidas por la razón de un conocimiento regulador, como lo fue alguna vez Damiana Kryygi.

Referencias

- Aramburu, R. (2016). *Despojos. Teatro, identidad y memoria*, La Plata: EDULP.
- Arenas, P. (2011). “Ahora Damiana es Krygi. Restitución de restos a la comunidad avhé de Ypetimi, Paraguay”, *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana*, I (1). En línea: <<https://journals.openedition.org/corpusarchivos/886>> [Consultado el 29 de diciembre de 2018].
- Arenas, P. y Pinedo, J. (2005, 24 de noviembre). “Damiana vuelve a los suyos”, Página 12. En línea: <<https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-2639-2005-11-24.html>> [Consultado el 29 de diciembre de 2018].
- Arendt, H. (2010). “Prólogo a la tercera parte: totalitarismo”, en *Los orígenes del totalitarismo*. Tomo 1, (pp. 41-56). Madrid: Aguilar, 2010.

- Balbo, E. (1989). "El Hospital neuropsiquiátrico Melchor Romero durante los años 1884-1918", en Peset, J. L. (coord.), *Ciencia, vida y espacio en Iberoamérica*, I, (pp. 53-76). Madrid: CSIC.
- Ballester, D. (2013). *Los espacios de la antropología en la obra de Robert Lehmann Nitsche, 1894-1938*. Tesis doctoral. En línea: <<http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/33505>> [Consultado el 29 de diciembre de 2018].
- Bayer, Osvaldo (2010, 19 de junio). "Damiana", Página 12. En línea: <<https://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-147899-2010-06-19.html>> [Consultado el 29 de diciembre de 2018].
- (2012, 18 de febrero). "Kryygi", Página 12. En línea: <<https://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-187811-2012-02-18.html>> [Consultado el 29 de diciembre de 2018].
- Caponi, G. (2017). *El darwinismo de Ameghino. Una lectura de Filogenia*, Florianópolis: UFSC.
- Carden, F. (2005). "Museo de La Plata. Los murales y su entorno", *Museo*, 3(19), 23-29.
- De la Hitte, Ch. et Kate, T. (1897). "Notes ethnographiques sur les Indiens Guayaquis. Description de leurs caracteres Physiques", *Anales del Museo de La Plata*, II, Antropologie, La Plata, 5-38.
- Farro, M. (2008). *Historia de las colecciones en el Museo de La Plata, 1884-1906: naturalistas viajeros, coleccionistas y comerciantes de objetos de historia natural a fines del siglo XIX*. Tesis doctoral. En línea: <<http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/4403>> [Consultado el 29 de diciembre de 2018].
- Farro, M. (2009). "Primer encargado de la Sección Antropológica del Museo de La Plata. Herman Frederik Carel Ten Kate", *Museo*, 3(23), 9-16.
- Fiquepron, M. (2017). "La muerte del vicepresidente: epidemias y crisis en Buenos Aires (1867-1868)", *Avances del Censor*, XXIV(17), 19-37.
- Foucault, M. (2000). *Defender la sociedad* (1976), Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Freud, S. (1992). "La cabeza de Meduza (1922 [1940])", *Obras Completas*, vol. 18 (1920-1922), (pp. 270-271). Buenos Aires: Amorrortu.
- Lehmann Nitsche, R. (1908). "Relevamiento antropológico de una india guayaquí". *Revista del Museo de La Plata*, XV, 91-101.
- Pepe, F.; Añón Suárez, M.; y Harrison, P. (2010). *Antropología del genocidio. Identificación y restitución de restos humanos en el Museo de La Plata*, La Plata: Da la Campana.
- Perazzi, P. (2009) "Cartografías corporales: las 'pesquisas antropológicas del doctor Roberto Lehmann Nitsche, Buenos Aires: 1897-1908. Cuadernos de Antropología Social, (29), 121-134. En línea: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=180913914007>> [Consultado el 29 de diciembre de 2018].
- Sarmiento, D. (2001). "San Vicente" (1867), en *Obras completas*, t. XXIX, (pp. 190-192). La Matanza: Universidad Nacional de La Matanza.
- (2001). "El Museo de La Plata" (1885), en *Obras completas*, t. XXII, (pp. 239-241). La Matanza: Universidad Nacional de La Matanza.
- Sousa Santos, B. (2015). *La Universidad en el siglo XXI*, México: Siglo XXI.
- Torchia Estrada, J. (1985). "Alejandro Korn ante el positivismo". Biagini, Hugo (comp.), *El movimiento positivista argentino*, (pp. 431-449). Buenos Aires: Editorial de Belgrano,
- Vallejo, G. (2007). *Escenarios de la cultura científica argentina. Ciudad y Universidad (1882-1955)*, Madrid: CSIC.
- (2012). "Museo y derechos humanos. Un templo de la ciencia finisecular en La Plata y aspectos de su relación con los pueblos originarios", *Revista de Derecho y Ciencias Sociales*, (7), 146-164.